

sas investigaciones? Tal vez; pero tantas ocurrencias nuevas y curiosas han sucedido con esta insigne mutación, que paso á otro registro.

Yo lamento, como Estoile, las adversidades de la raza de San Luis; sin embargo, me veo precisado á confesar que á mi dolor va unida una especie de contento interior, que, por mas que me lo echo en cara, no lo puedo apartar: ese contento es el del esclavo libre de sus cadenas. Cuando abandoné la carrera de soldado y de viajero, sentí tristeza: ahora experimento alegría: presidiario libre de las galeras del mundo y de la corte. Fiel á mis principios y á mis juramentos, no he hecho traición ni á la libertad ni al rey: no me llevo riquezas ni honores, y marcho tan pobre como vine. Feliz por terminar una carrera política que me era odiosa, vuelvo con amor al reposo.

¡Bendita seas, oh nativa y querida independencia mía, alma de vida! Ven y tráeme mis *Memorias*, ese *alter ego* de que eres la confidente, el ídolo, la musa. Las horas de ocio son propias para las narraciones: naufrago, continuaré refiriendo mi naufragio á los pescadores de la ribera. Volviendo á mis instintos primitivos, me hago libre y viajero, y termino mi carrera del mismo modo que la principié. El círculo de mis días, que se cierra, me conduce al punto de partida. El camino que yo recorrí en otro tiempo como bisono indolente, voy á emprenderlo de nuevo como veterano experimentado, con mi licencia en el chacó, y la mochila llena de años sobre la espalda. ¿Quién sabe? Quizás halle de jornada en jornada las ilusiones de mi juventud. Llamaré muchos ensueños en mi ayuda para defenderme contra esa horda de verdades que se engendran en los ancianos días como se ocultan dragones en las ruinas. De mí dependerá únicamente el anudar los dos extremos de mi existencia, el confundir épocas lejanas entre sí, el mezclar ilusiones de diferentes edades, puesto que al príncipe á quien encontré desterrado, al salir de mi hogar paterno, le vuelvo á hallar expatriado al volver á mi última morada.

PROCESO DE LOS MINISTROS.—SAINT-GERMAIN L'AUXEROIS.—SAQUEO DEL ARZOBISPADO.

París, abril de 1851.

En el mes de octubre del año pasado tracé rápidamente la corta introducción de esta parte de mis *Memorias*; pero no pude continuar este trabajo, porque tenía otro entre manos: tratábase de la obra que terminaba la edición de mis *Obras completas*. Hasta en este trabajo fui interrumpido primero por el proceso de los ministros, y despues por el saqueo de Saint-Germain l'Auxerrois.

El proceso de los ministros y la conmoción de París no me impresionaron gran cosa: despues del proceso de Luis XVI y las insurrecciones revolucionarias, todo es pequeño en punto á juicios ó insurrecciones. Los ministros, al venir de Vincennes á su prisión del Luxemburgo y al volver á Vincennes, mientras se pronunciaba su sentencia, se encaminaron por la calle del Infierno. Desde el interior de mi retiro oí el ruido de su carruaje. ¡Cuántos sucesos han pasado delante de mi puerta! Los defensores de aquellos hombres quedaron muy inferiores á su trabajo. Nadie tomó la cosa de bastante arriba, y el abogado dominó demasiado en aquellos alegatos. Si mi amigo el príncipe de Polignac me hubiera elegido por defensor suyo, ¡qué miradas habria lanzado á aquellos perjuros erigiéndose en jueces de un perjurio! Qué, les habria dicho; ¿sois vosotros los que osais constituir en jueces de mi cliente? ¿Sois vosotros los que, manchados con vuestros juramentos, os atreveis á hacerle un crimen por haber perdido á

su amo creyendo servirle, vosotros, los provocadores; vosotros, que le impulsabais á dar las ordenanzas? Trocad de sitio con el que pretendéis juzgar: de acusado se convierte en acusador. Si hemos merecido ser castigados, no es por vosotros, si somos culpables, no es con vosotros, sino con el pueblo; este nos aguarda en el patio de vuestro palacio, y vamos á llevarle nuestra cabeza.

Despues del proceso de los ministros, vino el escándalo de Saint-Germain l'Auxerrois. Los realistas, llenos de excelentes cualidades, pero á veces necios, y con mas frecuencia tercios, sin calcular jamás las consecuencias de su proceder, y creyendo siempre que restablecerían la legitimidad llevando la corbata de cierto color ó una flor en el pecho, han sido causa de escenas deplorables. Era evidente que el partido revolucionario se aprovecharía de los funerales con ocasión de la muerte del duque de Berry para meter ruido: los legitimistas no eran bastante fuertes para oponerse á ello, y el gobierno no estaba suficientemente establecido para mantener el orden: así sucedió que la iglesia fue saqueada. Un boticario volteriano y progresista triunfó intrépidamente de un campanario del año de 1300 y de una cruz ya desquiciada por otros bárbaros á fines del siglo ix.

Como consecuencia de las grandes hazañas de aquella farmacia ilustrada, vinieron la devastación del arzobispado, la profanación de las cosas santas, y la reproducción de las procesiones de Lyon. Falaban el verdugo y las víctimas; pero habia multitud de payasos, máscaras y otras locuras de carnaval. La comitiva, burléscamente sacrilega, caminaba por un lado del Sena, mientras que por el otro desfilaba la guardia nacional, que aparentaba acudir en ayuda. El río separaba el orden y la anarquía. Asegúrase que un hombre de talento estaba allí como curioso espectador, y que al ver flotar en el Sena las casullas y los libros, decía:—«¡Lástima que no hayan arrojado también al arzobispo!» Frase profunda, porque, en efecto, un arzobispo ahogándose debe ser un espectáculo muy divertido: ¡haria dar tan gran paso á la libertad y á las luces! Nosotros, viejos testigos de añejos hechos, nos vemos obligados á decirnos que no hay en todo eso mas que copias pálidas y miserables. Teneis todavía el instinto revolucionario, pero no su energía: no podeis ser ya criminales sino en imaginación: querriais hacer el mal, pero os falta valor en el corazón y fuerza en el brazo: veriais sacrificar, pero no os pondriais á hacerlo. Si queréis que la revolución de julio sea grande y permanente, haced que Mr. Cadet de Gassicourt no sea su héroe verdadero y *Mayeux* el personaje ideal.

MI FOLLETO SOBRE LA RESTAURACION Y LA MONARQUÍA ELECTIVA.

París, á fines de marzo de 1851.

Estaba trascordado cuando al salir de las jornadas de julio creí entrar en una región de paz. La caída de tres soberanos me habia obligado á explicarme en la cámara de los Pares. La proscripción de estos reyes no me permitía permanecer mudo. Por otra parte, los diarios de Felipe me preguntaban por qué me negaba á servir á una revolución que consagraba principios que yo habia defendido y propagado. Preciso me fue tomar la palabra por las verdades generales y para explicar mi conducta personal. Un pasaje de mi folleto, que se perderá (*De la restauración y de la monarquía electiva*), continuará la cadena de mi narración y la de la historia de mi tiempo:

«Despojado de lo presente, y no teniendo mas que un porvenir incierto mas allá de mi tumba, me importa que mi memoria no quede grabada con mi silencio.

No debo callarme acerca de una restauración, en la que he tomado tanta parte, á la que ultrajan casi diariamente y proscriben á mis propios ojos. En la edad media, en tiempo de calamidades, se cogía á un religioso y se le encerraba en una torre, en donde ayunaba á pan y agua por la salud del pueblo. Yo no me asemejo mal á ese monge del siglo xviii: al través de los hierros de mi calabozo expiatorio he predicado mi último sermón á los transeúntes. Véase el epítome de ese sermón que pronuncié en mi último discurso en la tribuna de la cámara de los Pares. La monarquía de julio se halla en una condición absoluta de gloria ó de leyes excepcionales, vive por la prensa, y la prensa la mata; sin gloria, será devorada por la libertad; si ataca esa libertad, perece. Tendría que ver, despues de haber sido expulsados tres reyes con barricadas por la libertad de la prensa, levantar nuevas barricadas contra esta libertad. ¿Y qué se habrá de hacer, sin embargo? ¿Bastará la acción repetida de los tribunales y de las leyes para contener á los escritores? Un gobierno nuevo es un niño que no puede caminar sino con andadores. ¿Pondremos de nuevo á la nación en pañales? Esa terrible criatura, que ha mamado la sangre en los brazos de la victoria en tantos vivaques, ¿no desgarrará sus mantillas? No habia mas que una vieja cepa, profundamente arraigada en lo pasado, que pudiese ser azotada impunemente por los vientos de la libertad de la prensa.

«Al oír las declamaciones de ahora parece que los desterrados de Edimburgo son los mas insignificantes compañeros del mundo, y no hacen falta en parte alguna. No falta hoy á lo presente mas que lo pasado. ¡es poca cosa! Como si los siglos no se sirvieresen de base unos á otros, y el último que llega pudiera tenerse en el aire! Por mas que nuestra vanidad quiera borrar recuerdos, arrancar las flores de lís, proscribir los nombres y las personas, esa familia, heredera de mil años, ha dejado con su retirada un vacío inmenso: por todas partes se hace sentir. Esos individuos tan pequeños á nuestros ojos, han conmovido á la Europa en su caída. Por poco que los sucesos produzcan sus efectos naturales, y traigan sus rigurosas consecuencias, Carlos X, al abdicar, habrá hecho abdicar consigo á todos esos reyes góticos, grandes vasallos de lo pasado, bajo la soberanía de los Capetos.

«Caminamos á una revolución general. Si la transformación que se efectúa sigue su pendiente, y no tropieza con ningún obstáculo; si la razón popular continúa su desarrollo progresivo; si la educación de las clases intermedias no sufre interrupción, las naciones se nivelarán en una libertad igual: si esa transformación llega á ser contenida, las naciones se nivelarán en un despotismo igual. Ese despotismo durará poco, á causa de la edad avanzada de las luces; pero será rudo, y seguirá á él una larga disolución social.

«Preocupado yo con estas ideas, fácilmente se conocerá por qué he debido permanecer fiel, como individuo á lo que me parecia la mejor garantía de las libertades públicas, el camino menos peligroso para llegar al complemento de esas libertades.

«No es que pretenda ser un predicador lloron de política sentimental, un repetidor de penacho blanco y de lugares comunes á lo Enrique IV. Al recorrer con la vista el espacio que separa la torre del Temple del castillo de Edimburgo, hallaria sin duda tantas calamidades hacinadas como siglos hay acumulados sobre una noble raza. Una mujer de dolor ha tenido que sufrir la carga mas pesada, como la mas fuerte: no hay corazón que no se destroce á su recuerdo: sus sufrimientos han llegado á tal punto, que han venido á ser una de las grandezas de la revolución. Pero, en fin, nadie está obligado á ser rey. La Providencia envía las aflicciones privadas á quien quiere, breves

siempre, porque la vida es corta; y esas aflicciones no están contadas en los destinos generales de los pueblos.

«Pero que la proposición que destierra para siempre á la familia destronada del territorio francés sea un corolario del destronamiento de esa familia, ese corolario no me da la convicción. En vano buscaría mi puesto en las diversas categorías de personas que se han afiliado al actual orden de cosas.

«Hay hombres que despues de haber prestado juramento á la república, una é indivisible, al directorio en cinco personas, al consulado en tres, al imperio en una sola, á la primera restauración, al acta adicional, á las constituciones del imperio y á la segunda restauración, tienen todavía algo que prestar: yo no soy tan rico.

«Hay hombres que han arrojado su palabra en la plaza de Grève, en julio, como aquellos pastores romanos que jugaban á *pares* y *nones* entre las ruinas, y tratan de necio y tonto al que no reduce la política á intereses privados: yo soy necio y tonto.

«Hay miedosos que bien hubieran querido no jurar; pero que se veían ya degollados ellos, sus abuelos, hijos y todos los propietarios si no tartamudeaban un juramento: este es un efecto físico que todavía no he sentido; aguardaré el achaque, y si sobreviene, ya veré lo que he de hacer.

«Hay grandes señores del imperio unidos á sus pensiones por lazos sagrados é indisolubles, cualquiera que sea la mano de que las reciben; una pensión es á sus ojos un sacramento que imprime carácter, como el sacerdocio y el matrimonio; toda cabeza pensionada no puede cesar de estarlo; habiendo quedado las pensiones á cargo del tesoro, permanecen á cargo del mismo tesoro; yo tengo el hábito de divorciarme con la fortuna; demasiado viejo para ella, la dejo por temor de que ella me deje á mí.

«Hay altos varones del trono y del altar que no han hecho traición á las ordenanzas, ¡no! pero la insuficiencia de los medios empleados para poner en ejecución esas ordenanzas ha irritado su bilis, é indignados de que no se haya entronizado el despotismo, han ido á buscar otra antecámara: me es imposible compartir su indignación ni su morada.

«Hay personas de conciencia que no son perjuros mas que por ser perjuros, que, cediendo á la fuerza, no por eso están menos por el derecho: lloran sobre la suerte de ese pobre Carlos X, á quien arrastraron primero á su perdición con sus consejos, y condenaron despues á muerte con su juramento; pero si alguna vez aquel ó su raza resucita, serán rayos de legitimidad: yo he sido siempre adicto á la muerte, y sigo el convoy fúnebre de la antigua monarquía, como el perro del pobre.

«Finalmente, hay caballeros leales que tienen en sus bolsillos dispensas de honor y permisos de infidelidad: yo no los tengo.

«Yo era el hombre de la restauración *posible*, de la restauración con toda especie de libertades. Esa restauración me miró como á enemigo, y se ha perdido: yo debo sufrir su suerte. ¿Iré á asociar los pocos años que me quedan á una nueva fortuna, como esas colas de vestido que las mujeres arrastran por el salon de la corte, y sobre las que todo el mundo puede marchar? A la cabeza de las jóvenes generaciones, seria yo sospechoso, y detrás de ellas no es mi puesto. Conozco muy bien que ninguna de mis facultades ha envejecido; comprendo mi siglo mejor que nunca; penetro en el porvenir mas osadamente que nadie; pero la fatalidad ha decidido: acabar la vida á tiempo es condición necesaria en el hombre público.»

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Al fin han llegado á ver la luz pública los *Estudios históricos*: pongo á continuación el *Prefacio*, que es una verdadera página de mis *Memorias* y contiene mi historia en el momento en que escribo.

PREFACIO.

«Tened en cuenta, para no perder de vista el curso del mundo, que en aquella época (*la caída del imperio romano*) habia ciudadanos que registraban como yo los archivos de lo pasado en medio de las ruinas de lo presente, que escribían los anales de las antiguas revoluciones al ruido de las revoluciones nuevas; tomando ellos y yo por apoyo en el edificio ruinoso la piedra caída á nuestros pies, aguardando la que habia de aplastar nuestras cabezas.»

(*Estudios históricos.*)

«No quisiera, por lo que me queda de vida, volver á principiar los diez y ocho meses que han trascurrido. Nadie podrá formarse idea jamás de la violencia que me he hecho; me he visto obligado á abstraer mi ánimo diez, doce y quince horas por día de todo cuanto pasaba alrededor mio para entregarme puerilmente á componer una obra de la que nadie leerá una sola línea. ¿Quién ha de leer cuatro abultados tomos, cuando tanto trabajo cuesta leer el folletín de una gaceta? Yo escribía la historia antigua, y la historia moderna estaba llamando á mis puertas: en vano le gritaba: «Aguardad, muy luego, soy con vos;» pues pasaba al ruido del cañon, llevándose tres generaciones de reyes.

«¿Y qué en armonía está el tiempo con la naturaleza misma de estos *Estudios*! Se derriba la cruz; se persigue á los sacerdotes, y en todas las páginas de mi narración se trata de reyes y sacerdotes: se destierra á los Capetos, y publicó una historia en que los Capetos ocupan ocho siglos. El último y mas largo trabajo de mi vida; el que me ha costado mas investigaciones, cuidado y años; aquel en que he revuelto quizá mas ideas y mas hechos, aparece cuando no puede encontrar lectores: es como si lo arrojara en un pozo en donde va á hundirse bajo el monton de escombros que irán detrás. Cuando una sociedad se compone y descompone; cuando se trata de la existencia de cada uno y de todos; cuando no está uno seguro de un porvenir de una hora, ¿quién se cuida de lo que hace, dice y piensa su vecino? ¿Es oportuno ocuparse de Nerón, de Constantino, de Juliano, de los apóstoles, de los mártires, de los padres de la Iglesia, de los godos, de los hunos, de los vándalos, de los francos, de Clodoveo, de Carlo-Magno, de Hugo Capeto y de Enrique IV? ¿Es oportuno ocuparse del naufragio del mundo antiguo cuando nos hallamos envueltos en el naufragio del mundo moderno? ¿No es una especie de chochez ó de debilidad ocuparse de literatura en este momento? Es cierto; pero esa chochez no depende de mi cerebro, sino de los antecedentes de mi mala fortuna. Si no hubiese hecho tantos sacrificios á las libertades de mi país, no me hubiera visto obligado á contraer compromisos que acaban de cumplirse en circunstancias doblemente deplorables para mí. Ningun autor se ha visto en una prueba semejante: á Dios gracias se halla á su término: no tengo ya mas que sentarme sobre ruinas y despreciar esta vida que desdenaba cuando joven.

«Después de estas quejas bien naturales y que se me han escapado involuntariamente, viene á consolarme un pensamiento: he principiado mi carrera li-

teraria por una obra en que consideraba el cristianismo bajo el aspecto poético y moral, y se terminó por otra en que considero la misma religion bajo el aspecto filosófico é histórico: principié mi carrera política bajo la restauración, y la terminé con la restauración. No sin cierta satisfacción secreta me encuentro así consecuente conmigo mismo.

Paris mayo de 1851.

No he abandonado la resolución que concebí en el momento de la catástrofe de julio, y me he ocupado de los medios de vivir en tierra extraña, medios difíciles, pues nada poseo. El que toma mis obras casi ha hecho quiebra, y mis deudas me impiden hallar quien quiera prestarme.

Como quiera que sea, marché á Ginebra con la suma que me ha procurado la venta de mi último folleto, *De la restauración y de la monarquía electiva*. Dejo mis poderes para vender la casa en que escribo esta página por orden de fechas. Si encuentro quien me compre mi lecho, podré hallar otro fuera de Francia. En estas incertidumbres y movimientos, hasta tanto que me halle establecido en alguna parte, me será imposible continuar mis *Memorias* en el punto en que las interrumpí (1). Seguiré, pues, escribiendo las cosas del momento actual de mi vida, y daré á conocer esas cosas por las cartas que tendré que escribir por el camino ó en los diferentes puntos de parada. Uniré los hechos intermedios por un *diario* que llene los huecos quedados entre las fechas de esas cartas.

CARTAS Y VERSOS Á MAD. RECAMIER.

A Mad. Recamier (1).

«Lyon miércoles 18 de mayo de 1851.

«Vedme aquí bien lejos de vos. Jamás he hecho viaje mas triste: ¡tiempo admirable! Una naturaleza toda engalanada, el ruiseñor dejando oír sus gorgeos, la noche estrellada; y todo, ¿para quién? Preciso será que vuelva adonde estáis, á menos que acudais vos en mi auxilio.»

A Mad. Recamier.

«Lyon, viernes 20 de mayo.

«Ayer pasé el día vagando por las orillas del Ródano: contemplaba la ciudad en que nacisteis, la colina en que se elevaba el convento en que os eligieron como la mas bella, esperanza que no habeis desmentido. ¡y vos no estáis aquí y han trascurrido años, y habeis sido desterrada en otro tiempo en vuestra cuna, y Mad. de Stael no existe ya, y yo dejo la Francia! Se me ha presentado un personaje

(1) Esto se refiere á mi carrera literaria y á mi carrera política dejadas atrás, huecos llenados ya por lo que he escrito en estos últimos años de 1837 y 1839.

(2) Jacinto tiene la costumbre de copiar, casi á pesar mio, mis cartas y las que me escriben, porque dice haber observado que frecuentemente me veía atacado por personas que me habian escrito lisonjas sin cuento ó se habian dirigido á mí para que las sirviese en alguna cosa. Cuando esto sucede, registra los legajos que él solo conoce, y comparando el artículo injurioso con la carta lisonjera, me dice:—«Mirad, señor, si he hecho bien.» Yo no lo encuentro así: no doy la menor fe ni la menor importancia á la opinión de los hombres: tomo á estos por lo que son y los estimo en lo que valen. Jamás les opondré por cuenta mia lo que han dicho de mí públicamente y lo que me han dicho en secreto, pero esto divierte á Jacinto. Yo no tenia copia de mis cartas á Mad. Recamier, la cual ha tenido la bondad de facilitármelas.

(Nota de París, 1856.)

singular de esos antiguos tiempos: os envié su billete á causa de lo inesperado y de la sorpresa. Ese personaje, á quien nunca habia visto, se halla plantando pinos en las montañas del territorio de Lyon. Mucha distancia hay de esto á la calle de *Feydeau* y á la *casa en venta*: ¡cómo cambian los papeles sobre la tierra!

«Jacinto me ha enviado los lamentos y artículos de periódicos: no valgo tanto. Bien sabeis que creo eso sinceramente de las veinte y cuatro horas las veinte y tres: la hora vigésima cuarta se halla consagrada á la vanidad; pero no tiene donde arraigarse, y pasa pronto. No he querido ver á nadie aquí. Mr. Thiers, que se dirigia al Mediodía, ha forzado mi puerta.»

Billete incluido en esta carta.

«Un vecino, compatriota vuestro, que no tiene otro título hácia vos mas que una profunda admiración á vuestro gran talento y á vuestro admirable carácter, desearia tener el honor de veros y presentaros el homenaje de su respeto. Ese vecino de cuarto en la casa, ese compatriota se llama *Elleviou*.»

A Mad. Recamier.

«Lyon, domingo 22 de mayo.

«Mañana salimos para Ginebra, en donde hallaré otros recuerdos vuestros. ¿Volveré á ver la Francia despues que haya pasado la frontera? Si, si vos quereis; es decir, si permaneceis en ella. No deseo los sucesos que pudieran ofrecermé otra probabilidad de regreso: jamás haré entrar las desgracias de mi país en el número de mis esperanzas. Os escribiré el martes 24 desde Ginebra. ¿Cuándo volveré á ver vuestra menuda letra, hermana menor de la mia?»

«Ginebra, martes 24 de mayo.

«Habiendo llegado aquí ayer, andamos en busca de casa. Es probable que nos acomodemos en un pequeño pabellon á orillas del lago. No puedo expresar lo triste que estoy al ocuparme de estos arreglos. ¡Todavía otro porvenir, volver á principiar de nuevo una vida cuando yo creia haber concluido. Pienso escribiros una larga carta cuando esté mas descansado: temo ese reposo, porque entonces veré sin distracción esos años oscuros que entre con el corazón oprimido.»

A Mad. Recamier.

«9 de junio de 1851.

«Ya sabeis que se ha establecido una secta reformada entre los protestantes. Uno de los nuevos pastores de esta nueva Iglesia ha venido á verme, y me ha escrito dos cartas dignas de los primeros apóstoles. Quiere convertirme á su fe y yo hacer de él un *papista*. Disputamos como en los tiempos de Calvino, pero amándonos como hermanos en Cristo y sin quemarnos. No desespero de su salvación, pues no sabe qué contestar á mis argumentos en favor de los papas. No os podeis imaginar el grado de exaltación á que ha llegado y es admirable su candor. Si llegáis vos acompañada de mi antiguo amigo Ballanche, haremos prodigios. En uno de los diarios de Ginebra se anuncia una obra de controversia protestante, y se invita á los autores á que se mantengan firmes, porque se hallaba preparado aquí el autor de *El Genio del Cristianismo*.

«Es consolador en cierto modo hallar una peque-

ña república libre, administrada por los hombres mas distinguidos, y en que las ideas religiosas son la base de la libertad y la principal ocupación de la vida.

«He almorzado en casa de Mr. de Constant, al lado de Mad. Necker, sorda por desgracia, pero mujer, como pocas, de la mayor distinción: no hemos hablado mas que de vos. Habia recibido yo vuestra carta y manifesté á Mr. de Sismondi cuanto amable decís de él. Ya veis que tomo vuestras lecciones.

«Al fin, allá van versos. Sois mi estrella y os aguardo para ir á esa isla encantada.

«Delfina casada, ¡oh musas! Ya os dije en mi última carta por qué no podia escribir ni sobre la cámara de los Pares ni sobre la guerra: atacaría á un cuerpo indigno de que he formado parte, y predicaría el honor á quien no lo tiene ya.

«Se necesita un marino para leer los versos y comprenderlos. Me recomiendo á Mr. Lenormant. Vuestra inteligencia bastará para las tres últimas estrofas, y la palabra del enigma se halla al pié.»

El naufragio.

«¡Deshecho del aquilon, encallado en la arena, viejo barco estropeado cuya suerte tocaba á su término, y que la muerte implacable, cual rudo carpintero, iba á hacer pedazos en el puerto!

«Bajo el abandonado puente solo un guardian habita: en otro tiempo le viste sobre tu castillo de proa, impaciente por hallar escollos y arrastrar súbitas tormentas, silbando para amotinar el viento.

«Unas veces sobre tu bauprés, cual ginete intrépido; reía cuando brincabas hundiendo la cabeza en las olas; otras, desde lo alto del mástil veloz, gritaba á los marineros: ¡tierra!

«Ahora, retirado en la carena gastada, con la tez curtida, la cabeza cana, la mano embreada y los ojos garzos, el reloj de arena casi vacío y la brújula rota, se parece al ermitaño de los mares.

«Pensábais desfallecer amarrados á la orilla, viejo barco y viejo nauclero, y ambos á dos os engaños: el huracan os sorpende y os arrastra en driva silbando sobre las olas negras y azules.

«Cortada vuestra carrera en el primer arrecife, se detendrá, y súbitamente se abrirán vuestros costados. ¡Zozobrais! ¡Esto es hecho! Y vuestra áncora descantillada se escurre y trabaja en vano el fondo.

«Ese barco es mi vida, y ese nauclero yo mismo. ¡Me he salvado! Mis días han sido arrancados al mar: un astro me ha mostrado su luz, que yo amo, cuando los demás se han ocultado.

«Esa estrella de la tarde que disipa la tempestad y tan bien lleva el nombre de la belleza, conducirá mi naufragio sobre el abismo tranquilo á alguna playa encantada.

«Hasta mi último punto, ¡oh dulce y encantadora estrella! seguiré tus rayos nuevos siempre y puros; y cuando ceses de lucir sobre mis velas, brillarás sobre mi tumba.»

A Mad. Recamier.

«Ginebra, 18 de junio de 1851.

«Habeis recibido todas mis cartas, y aguardo incesantemente algunas palabras vuestras: bien veo que nada tendré, pero me sorprende siempre cuando el correo no me trae mas que los periódicos. Nadie en el mundo me escribe sino vos; nadie se acuerda de mí mas que vos, y eso es para mí un grande encanto. Amo vuestra carta solitaria, que no llega á mí como llegaba en los tiempos de mis grandezas, entre paquetes de despachos y entre todas esas cartas de cariño, admiración y bajezas que desaparecen con la fortuna. Después de vuestras breves cartas veré vuestra linda

persona, si no voy yo á reunirme con ella. Sereis mi albacea testamentario; vendereis mi pobre retiro, y el precio os servirá para viajar hácia el sol. En este momento hace un tiempo admirable: desde donde os escribo diviso el monte Blanco y en todo su esplendor; desde lo alto del monte Blanco se vé el Apenino: me parece que no me faltan mas que tres pasos para llegar á Roma, donde iremos, porque todo se arreglará en Francia.

»No faltaba á nuestra gloriosa patria para pasar por todas las miserias sino tener un gobierno de cobardes: ya lo tiene, y su juventud va á sumergirse en la doctrina, la literatura y la disipacion, segun el carácter particular de los individuos. Queda el capítulo de los accidentes; pero cuando se arrastra uno, como yo lo hago, por el camino de la vida, el accidente mas probable es el término del viaje.

»No trabajo, ni puede hacer nada: me fastidio: esa es mi naturaleza, y estoy como el pez en el agua: con todo, si el agua fuese menos profunda, quizá estaria mejor.»

DIARIO

DESDE EL 12 DE JULIO AL 1.º DE SETIEMBRE DE 1851.

DEPENDIENTES DE MR. DE LAPANOUE.—LORD BYRON.—
FERNEY Y VOLTAIRE.

Paquis, cerca de Ginebra.

Me hallo establecido en Paquis con Mad. de Chateaubriand, y he hecho conocimiento con Mr. Rigaud, primer síndico de Ginebra; mas arriba de su casa, á orillas del lago, subiendo el camino de Lausana, se encuentra la posesion de dos dependientes de Mr. de Lapanouze, que han gastado un millon quinientos mil francos en su construccion y en plantar sus jardines. Cuando paso á pié por delante de su morada miro á la Providencia, que en ellos y en mí ha puesto en Ginebra testigos de la restauracion. ¡Qué tonto! ¡Qué tonto soy! Mr. de Lapanouze la echaba de realista y de pobre conmigo: véase á donde han llegado sus dependientes por haber favorecido la conversion de las rentas que yo tenia la honradez de combatir, y por lo que fui derribado. Ahí están esos señores que llegan en su elegante tilbury con el sombrero sobre la oreja, mientras que yo tengo que echarme en un barranco para que la rueda no se lleve un faldon de mi vieja levita. Y sin embargo, yo he sido par de Francia, ministro, embajador y tengo en una caja de carton todas las principales órdenes de la cristiandad, incluidas las del Espíritu-Santo y del Toison. Si los dependientes del señor César de Lapanouze, millonarios, quisieran comprarne mi caja de cintas para sus mujeres; me harian un singular favor.

Sin embargo, no es todo rosas todavía para los señores B...: aun no son nobles ginebrinos; es decir, que no están todavía en la segunda generacion; que su madre habita en lo bajo de la ciudad, y no ha subido al barrio de San Pedro, que es el de Saint-Germain de Ginebra; pero con la ayuda de Dios tras del dinero vendrá la nobleza.

En 1805 fue cuando vi por primera vez á Ginebra. Si hubiesen trascurrido dos mil años entre las dos épocas de mis dos viajes, ¿estarian mas separadas una de otra de lo que lo están? Ginebra pertenecia á la Francia: Bonaparte brillaba en toda su gloria: Mad. de Stael en toda la suya: nadie hablaba de los Borbones, como si nunca hubiesen existido, y Bonaparte, Mad. de Stael y los Borbones, ¿qué ha sido de ellos? ¡Y yo todavía estoy aquí!

Mr. de Constant, primo de Benjamin Constant, y la señorita de Constant, soltera anciana, llena de ingenio, virtud y talento, habitan su cabaña de Sonterre á orillas del Ródano, cuyo punto está dominado por otra casa de campo que fue en otro tiempo de Mr. de Constant: vendióla este á la princesa Belgiojoso, desterrada milanésa á quien vi pasar como una pálida flor entre la fiesta que di en Roma á la gran duquesa Elena.

Durante mis paseos por agua un anciano barquero me refiere lo que hacia lord Byron, cuya morada se divisa sobre la orilla saboyana del lago. El noble par aguardaba á que se levantase una tempestad para navegar: desde el borde de la barca se arrojaba al agua, y se encaminaba nadando á las prisiones feudales de Bonivar: era siempre el actor y el poeta. Yo no soy tan original: tambien me gustan las tempestades, pero mis amores con ellas son secretos, y nunca los confío á los barqueros.

Detrás de Ferney he descubierto un reducido valle por donde corre un arroyo de siete á ocho pulgadas de profundidad: ese arroyo baña las raices de algunos sauces, se oculta aquí y acullá bajo capas de berros, y hace temblar juncos sobre cuyas puntas se mecen insectos de alas azules. ¡El hombre de las trompetas llegó á ver este asilo del silencio casi contiguo á su ruidosa casa? No, indudablemente: pues bien, el agua está allí y huye todavía: ignoro su nombre, ó quizá no le tenga: los dias de Voltaire han pasado: únicamente su fama hace un poco de ruido en un pequeño rincon de nuestra pequeña tierra como aquel arroyo se hace oír á una docena de pasos de sus orillas.

Diferimos unos y otros: á mí me encanta aquel desierto arroyuelo: á la vista de los Alpes, un punado de helecho que coja me enajena: el murmullo de una ola entre guijarros me hace feliz: un insecto imperceptible, que acaso nadie mas que yo verá y que se interna entre el musgo lo mismo que en una vasta soledad, excita mi atencion y me hace meditar. Estas son miserias íntimas desconocidas del gran genio que cerca de aquí, disfrazado de Orosman, representaba sus tragedias, escribia á los príncipes de la tierra, y obligaba á la Europa á que viniese á admirarle en la aldea de Ferney. ¡Pero no era eso miserias tambien? La transicion del mundo no vale el paso de esas olas, y en cuanto á los reyes, quiero mejor mi hormiga.

Una cosa me admira siempre que pienso en Voltaire: con un talento superior, racionador é ilustrado, permaneció completamente extraño al cristianismo: nunca vió lo que todos ven; que el establecimiento del Evangelio, considerado solo bajo el aspecto humano, ha sido la mayor revolucion que se ha efectuado en la tierra. Verdad es que en el siglo de Voltaire á nadie se le ocurrió esa idea. Los teólogos defendian el cristianismo como un hecho consumado, como una verdad fundada en las leyes emanadas de la autoridad espiritual y temporal: los filósofos la atacaban como un abuso introducido por los curas y los reyes: nadie iba mas allá. No dudó que si hubiesen podido presentar de repente á Voltaire el otro lado de la cuestion, hubiera hecho mella en su inteligencia lúcida y pronta: se avergüenza uno de la manera mezquina y limitada con que trataba un asunto que abarca nada menos que la transformacion de los pueblos, la introduccion de la moral, un principio nuevo de sociedad, otro derecho de gentes, otro orden de ideas, el cambio total de la humanidad. Por desgracia el gran escritor que se pierde difundiendo ideas funestas arrastra en su caída muchos talentos de no tanta extension: se asemeja á esos antiguos déspotas de Oriente, sobre cuya tumba se inmolaban esclavos.

Allí, á Ferney, en donde yo no entra nadie; á ese Ferney, á cuyo alrededor voy á pasearme solo,

¿cuántos personajes célebres han ido! Todos duermen reunidos para siempre en el fondo de las cartas de Voltaire, su templo hypogeo: el soplo de un siglo se debilita por grados y se extingue en el silencio eterno á medida que se principia á oír la respiracion de otro siglo.

CONTINUACION DEL DIARIO.—EXCURSION INÚTIL Á PARÍS.

Paquis, cerca de Ginebra, 15 de setiembre de 1851.

¡Oh, dinero, á quien tanto he despreciado y á quien no puedo amar por mas que hago; me veo á pesar de todo precisado á confesar que tienes tu mérito! Causa de la libertad, arreglas mil cosas en nuestra existencia, en la que todo es difícil sin tí. A excepcion de la gloria, ¿qué no puedes tú proporcionar? Contigo es uno hermoso, joven, adorado: se tiene consideracion, honores, cualidades, virtudes. Me direis que con el dinero no se tiene mas que la apariencia de todo eso: ¿qué importa, si yo creo verdadero lo que es falso? Engañadme bien, y os perdono lo demás; ¿es otra cosa la vida que un engaño? Cuando uno carece de dinero, se halla bajo la dependencia de todo y de todos. Dos criaturas que no se convienen una á otra podrian ir cada cual por su lado; pues bien, por falta de algunos doblones es preciso que permanezcan al lado una de otra, poniéndose mala cara, gruñéndose mutuamente, exasperándose cada vez mas, tragándose la lengua de fastidio, comiéndose el alma y lo blanco de los ojos, haciéndose, en medio de su rabia, el sacrificio mutuo de sus gustos, de sus inclinaciones, de sus maneras naturales de vivir; la miseria las estrecha á una contra otra, y en esos lazos de mendigos, en vez de abrazarse, se muerden, pero no como Flora mordía á Pompeyo. Sin dinero no hay medio de escapar; no puede uno ir á buscar otro sol, y con un alma altiva llevar cadenas constantemente. ¡Dichosos judíos, merecedores de crucifijos, que gobernais la cristiandad; que decidis de la paz ó de la guerra; que coméis jamon despues de haber vendido sombreros viejos; que sois los favoritos de los reyes y de las hermosas no obstante lo feos y sucios que sois! ¡Ay! si quisieseis cambiar conmigo; si pudiese al menos deslizarme en vuestros cofres y robaros lo que habeis sustraído á hijos de familia, sería el hombre mas feliz del mundo.

Aun tendria un medio de subsistir; podria dirigirme á los monarcas y como todo lo he perdido por su corona, sería bastante justo que me mantuviesen. Pero esa idea que deberia ocurrirseles no se les ocurre, y á mí menos todavía. Antes que sentarme en los banquetes de los reyes preferiria volver de nuevo á la dieta que sufrí en otro tiempo en Londres con mi pobre amigo Hingant. No obstante, la dichosa época de los graneros ha pasado, no porque en ella me encontraria muy bien, pues careceria de comodidades, ocuparia demasiado sitio con las guarniciones de mi fama, y no estaria allí con mi única camisa y el cuerpo esbelto de un desconocido que no ha comido. Tampoco está ahí ya mi primo la Bouetardaye para tocar el violin sobre mi jergon con su traje encarnado de consejero del parlamento de Bretaña, y cubriéndose por la noche para guarecerse del frio con una silla, á manera de manta: tampoco está Pelletier para darnos de comer con el dinero del rey Cristóbal, y sobre todo falta la maga, la Juventud, que con una sonrisa cambia la indigencia en tesoros, que nos trae por querida á su hermana menor la Esperanza, tan engañosa esta como la otra, pero que vuelve todavía cuando la otra ha huido para siempre.

Habia yo olvidado las miserias de mi primera emigracion, y me habia figurado que bastaba abandonar la Francia para conservar en paz el honor con el destierro: no caen las alondras asadas á los que han sem-

brado los campos, sino á los que los siegan: si no se tratase mas que de mí, estaria perfectamente en un hospital; ¿pero y Mad. de Chateaubriand? Apenas me he establecido, cuando al dirigir una mirada hácia el porvenir me acomete la inquietud.

Escribíanme de París que no se podia vender mi casa de la calle del Infierno sino á un precio que no bastaria á cubrir las cargas que pesaban sobre aquella ermita; pero que, sin embargo, algo podria hacerse si fuese yo allá. En vista de esto hice una excursion inútil á París, porque ni encontré buena voluntad ni comprador; pero volví á ver la abadia del bosque, y á algunos de mis nuevos amigos. La víspera de mi regreso comí en el *café de Paris* con los SS. Arago, Pouqueville, Carrel y Beranger, todos ellos mas ó menos descontentos y engañados por la *mejor de las repúblicas*.

Paquis, cerca de Ginebra, 26 de setiembre de 1851.

CONTINUACION DEL DIARIO.

Mr. A. Carrel.

Mis *Estudios históricos* me pusieron en relaciones con Mr. Carrel, como me han hecho conocer á MM. Thiers y Mignet. En el prefacio de esos estudios habia yo copiado un pasaje bastante largo de la *Guerra de Cataluña*, por Mr. Carrel, y especialmente este parrafo: «Las cosas, en sus continuas y fatales transformaciones, no arrastran consigo todas las inteligencias, no domanan todos los caracteres con igual facilidad, ni se cuidan siquiera de todos los intereses: esto es lo que debe comprenderse para perdonar algo á las protestas que se elevan en favor de lo pasado. Cuando acaba una época, se rompe el molde, y basta á la Providencia que no pueda rehacerse; pero de los pedazos que quedan en el suelo hay algunos que son muy dignos de contemplarse.»

A continuacion de estas hermosas frases añadia yo este resumen: «El hombre que ha podido escribir estas palabras puede simpatizar con los que tienen fe en la Providencia, respetan la religion de lo pasado y tienen tambien sus ojos fijos sobre escombros.»

Mr. Carrel vino á darme las gracias. Era este á la vez el valor y el talento de *El Nacional*, en el que trabajaba con MM. Thiers y Mignet. Mr. Carrel pertenece á una familia de Rouen, piadosa y realista: la legitimidad ciega, y que rara vez distinguia el mérito, desconoció á Mr. Carrel. Activo, y conociendo su valor, se refugió en opiniones generosas, en las que encuentra una compensacion á los sacrificios que se impone: le sucedió lo que le sucede á todos los caracteres aptos para los grandes movimientos. Cuando circunstancias imprevistas los obligan á encerrarse en un círculo estrecho, consumen facultades superabundantes en esfuerzos que sobrepujan á las opiniones y á los sucesos del día. Antes de las revoluciones mueren desconocidos hombres superiores; su público no ha llegado aun; despues de las revoluciones, hombres superiores, mueren abandonados; su público se ha retirado.

Mr. Carrel no es feliz: nada hay mas positivo que sus ideas, ni mas novelesca que su vida. Voluntario republicano en España en 1823, prisionero en el campo de batalla, condenado á muerte por las autoridades francesas, escapado á mil peligros, el amor va mezclado á los disturbios de su existencia privada. Necesita proteger una pasion que sostiene su vida, y ese hombre de corazon, pronto siempre, en medio del día, á arrojarse sobre la punta de una espada, pone ante él los postigos y las sombras de la noche. Pasea los campos silenciosos con una mujer amada en aquellos primeros albores en que la diana le llamaba al ataque de las tiendas del enemigo.

Dejo á Armando Carrel para decir unas cuantas palabras acerca de nuestro célebre cancionero. Hallarás quizá mi narración sobrado corta, lector; pero tengo derecho á tu indulgencia: su nombre y sus canciones deben quedar impresos en tu memoria.

Mr. de Beranger.

Mr. de Beranger no se ve obligado como Mr. Carrel á ocultar sus amores. Despues de haber cantado la libertad y las virtudes populares, desafiando los calabozos de los reyes, pone sus amores en verso, y hace á *Liseta* inmortal.

Junto á la barrera de los Mártires, bajo Montmartre, se ve la calle de la Tour-d'Auvergne. En esta calle medio construida y medio empedrada, y en una casa retirada tras de un pequeño jardin, y calculada sobre la modicidad de las fortunas actuales, hallareis al ilustre cancionero. Una cabeza calva, un aire algo rústico, pero afable y voluptuoso, anuncian al poeta. Descanso con placer mis ojos sobre aquella figura plebeya despues de haber contemplado tantos rostros reales, y comparo tipos tan diferentes: sobre las frentes monárquicas se ve algo de una naturaleza elevada, pero marchita, impotente, gastada: sobre las frentes democráticas aparece una naturaleza física comun; pero se reconoce una naturaleza intelectual elevada: la frente monárquica ha perdido la corona; la frente popular la está esperando.

Rogaba yo un dia á Beranger (y perdóneme si me hace tan familiar como su fama) que me enseñase algunas de sus obras desconocidas. — «¿Sabeis, me dijo, que he principiado por ser discípulo vuestro? Amaba con pasión *El Genio del Cristianismo*, y compuse idios cristianos: son escenas de párrocos rurales, cuadros del culto en las aldeas y en medio de las cosechas.»

Mr. Agustin Thierry me ha dicho que la batalla de los Francos en los *Mártires* le habia sugerido la idea de un nuevo modo de escribir la historia: nada me ha lisonjeado mas que hallar mi recuerdo colocado al principio del talento del historiador Thierry y del poeta Beranger.

Nuestro cancionero tiene las diferentes cualidades que Voltaire exige para la cancion: «Para tener éxito en estas composiciones ligeras, dice el autor de tantas graciosas poesías, se necesita finura y sentimiento en el ánimo, armonía en la cabeza, no elevarse ni rebajarse demasiado, y saber no ser sobradamente extenso.»

Beranger tiene muchas musas, encantadoras todas, y cuando estas son mujeres, á todas las ama. Cuando le hacen traicion, no vuelve á la elegía, y no obstante, en el fondo de su alegría se nota un sentimiento de piadosa tristeza: es una figura seria que sonríe, es la filosofía que ruega.

Mi amistad hácia Beranger me ha valido no pocas sorpresas de parte de lo que se llamaba mi partido: un antiguo caballero de San Luis, á quien no conozco, me escribia desde el interior de su hogar: «Alegraos, caballero, de ser ensalzado por el que ha abofeteado á vuestro rey y á vuestro Dios.» ¡Muy bien, ni noble hidalgo! También sois vos poeta.

Al finalizarse una comida en el café de París, comida que daba yo á MM. Beranger y Armando Carrel antes de marcharme á la Suiza, nos cantó la admirable cancion impresa:

«Chateaubriand, ¿por qué huir de tu patria, abandonar su amor, nuestros homenajes y nuestros cuidados?»

Notábase en ella esta estrofa sobre los Borbones:

«Y tú querrias asociarte á su caída! Conoce me-

gor su loca vanidad: en el número de los males que al cielo mismo imputa su corazon ingrato pone tu fidelidad.»

A esta cancion, que es de la historia de la época, respondí desde la Suiza con una carta que se halla impresa al frente de mi folleto sobre la proposicion Briqueville. Decíale en ella: «Desde el sitio en que os escribo diviso la casa de campo que habitó lord Byron y los techos del palacio de Mad. de Stael. ¿Dónde está el bardo de Childe-Harold? ¿Dónde la autora de *Corina*? Mi vida demasiado larga se asemeja á esas vias romanas sembradas de monumentos fúnebres.»

Volví á Ginebra, traje en seguida á Mad. de Chateaubriand á París, y ordené el manuscrito contra la proposicion Briqueville sobre el destierro de los Borbones, proposicion tomada en consideracion en la sesion de la cámara de Diputados del 17 de setiembre de este año de 1831: unos asocian su vida al triunfo y otros á la desgracia.

PROPOSICION BAUDE Y BRIQUEVILLE SOBRE EL DESTIERRO DE LA RAMA PRIMOGÉNITA DE LOS BORBONES.

París, calle del Infierno,
fines de noviembre de 1831.

De vuelta en París, el 11 de octubre publiqué mi folleto á fines del mismo mes. Llevaba por título *De la nueva proposicion relativa al destierro de Carlos X y de su familia, ó continuacion de mi último escrito, De la restauracion y de la monarquía electiva.*

Cuando vean la luz pública estas *Memorias* póstumas, ¿se tendrán en algo la polémica diaria, los sucesos porque se apasiona uno en los momentos actuales de mi vida, los adversarios á quienes combato, y hasta el acta del destierro de Carlos X? Este es el inconveniente de todo diario: encuéntrase en ellos discusiones animadas sobre objetos que han llegado á ser indiferentes: el lector ve pasar como sombras una multitud de personajes cuyos nombres no retiene siquiera: figurantes mudos que llenan el fondo de la escena. No obstante, en estas partes áridas de las crónicas es donde se recogen las observaciones y hechos de la historia del hombre y de los hombres.

Puse primero al principio del folleto el decreto propuesto sucesivamente por MM. Baude y Briqueville. Despues de examinar los cinco partidos que se podian tomar despues de la revolucion de julio, digo:

«El peor de los períodos que hemos atravesado parece ser el presente: porque la anarquía reina en la razon, la moral y la inteligencia. La existencia de las naciones es mas larga que la de los individuos: un hombre paralítico queda á veces postrado en su cama muchos años antes de desaparecer: una nacion enferma permanece largo tiempo en su lecho antes de espirar. Lo que faltaba á la nueva monarquía era impulso, juventud, intrepidez, volver la espalda á lo pasado y marchar con la Francia al encuentro del porvenir.»

«De esto no se cuida, y se ha presentado flaca y debilitada por los doctores que le propinaban remedios. Ha llegado en estado lastimoso, con las manos vacías, sin nada que dar y teniendo que recibirlo todo, haciéndose la pobrecita, pidiendo gracia á todos, y sin embargo huraña, declamando contra la legitimidad y remedando á la legitimidad, contra el republicanismo, y temblando ante él. Este sistema barrigudo no ve enemigos mas que en dos oposiciones á quienes amenaza. Para sostenerse se ha formado una falange de veteranos reenganchados: si llevasen tantos blasones como juramentos han hecho, tendrían las man-

gas con mas listas de colores que la librea de los Montmorency.

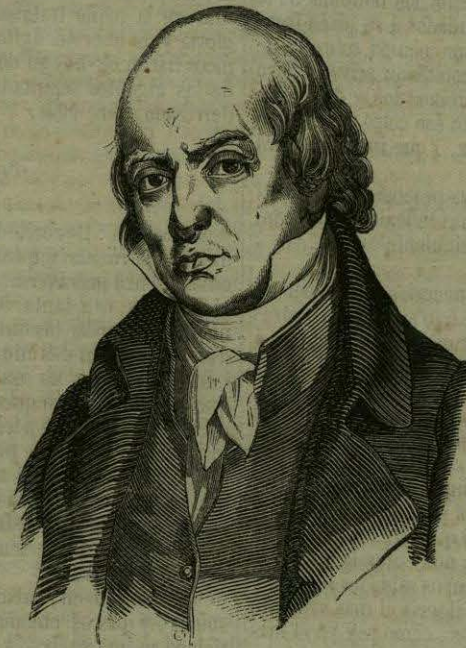
«Dudo que la libertad se complazca por mucho tiempo con esa olla de monarquía doméstica. Los Francos habian colocado esa libertad en un campamento, y ha conservado entre sus descendientes el gusto y el amor de su primera cuna: como la antigua dignidad real, quiere ser levantada sobre el pavés, y sus diputados son soldados.»

De esta argumentacion paso á los detalles del sistema seguido en nuestras relaciones exteriores. La falta inmensa del congreso de Viena es haber puesto á un país militar como la Francia en un estado forzoso de hostilidad con los pueblos limítrofes. Hago ver todo lo que los extranjeros han adquirido en territorio y poder, y todo lo que podíamos recobrar en julio. ¡Gran leccion! ¡Prueba patente de la vanidad de

la gloria militar y de las obras de los conquistadores! ¡Si se formase una lista de los príncipes que han aumentado las posesiones de la Francia, Bonaparte no figuraria en ella; Carlos X ocuparia, por el contrario, un puesto notable!

Pasando de ratiocinio en ratiocinio, llego á Luis Felipe: «Luis Felipe es rey, digo; lleva el cetro del niño cuyo inmediato sucesor era; de ese pupilo que Carlos X habia confiado á las manos del lugarteniente del reino, como á un tutor experimentado, depositario fiel y protector generoso. En ese palacio de las Tullerías, en lugar de un lecho inocente, sin insomnio, sin remordimientos, sin apariciones, ¿qué ha hallado el príncipe? Un trono vacio que le presenta un espectro decapitado, llevando en su mano ensangrentada la cabeza de otro espectro...

«Es preciso, para concluir, engastar el hierro da Louvel en una ley, á fin de dar el último golpe á le



BERANGER.

familia proscripta? Si fuese llevada á esas playas por la tempestad; si Enrique, demasiado niño todavía, no tuviese la edad necesaria para ser llevado al cadalso, vosotros, los amos, concededle dispensa de edad para morir.»

Despues de hablar al gobierno de la Francia me vuelvo hácia Holyrood, y añado: «¿Osaré tomarme, al concluir, la respetuosa libertad de dirigir algunas palabras á los hombres del destierro? Ellos han vuelto al dolor como al seno de su madre; la desgracia, seduccion de que me cuesta trabajo defenderme, me parece que tiene siempre razon: temo lastimar su autoridad santa y la magestad que añade á grandezas insultadas que en lo sucesivo no tienen mas encomiador que yo. Pero yo venceré mi debilidad, y me esforzaré en hacer oír un lenguaje que en un dia de infortunio pueda preparar una esperanza á mi patria.»

«La educacion de un príncipe debe estar en armonía con la forma de gobierno y las costumbres de su país. Ahora bien, no hay en Francia caballeros ni soldados de la oriflama, ni nobles cubiertos de hierro dispuestos á marchar en pos de la bandera blanca. Hay un pueblo, que no es ya el pueblo de otro tiempo; un pueblo, que, cambiado por los siglos, no tiene los antiguos hábitos ni las añejas costumbres de nuestros padres. Ora se deploren ó se ensalcen las transformaciones sociales ocurridas, hay que tomar la nacion tal como está, los hechos tales como son, y entrar en el espíritu de su tiempo, á fin de tener accion sobre ese espíritu.

«Todo está en las manos de Dios, excepto lo pasado, que una vez caído de esa mano poderosa, no puede volver á ella.

«Llegará indudablemente el momento en que el huérfano salga de esa mansion de los Estuardos, asilo

de mal agüero que parece extender la sombra de la fatalidad sobre su juventud; el último nacido del Bearnés debe mezclarse con los niños de su edad, ir á las escuelas públicas, aprender todo lo que se sabe hoy día. Hágase el hombre mas ilustrado de su época; póngase al nivel de las ciencias contemporáneas; reúna á las virtudes de un cristiano del siglo de San Luis las luces de un cristiano de nuestro siglo; instrúyase con viajes de las costumbres y de las leyes; atraviese los mares, compare las instituciones y los gobiernos, los pueblos libres y los pueblos esclavos; expóngase, si tiene ocasion, como simple soldado en el extranjero á los peligros de la guerra, porque no es apto para reinar sobre franceses el que no ha oído silbar las balas, y entonces se habrá hecho por él lo que hablando humanamente puede hacerse. Pero sobre todo guardaos de educarle en las ideas del derecho invencible; lejos de fisonjearle con llevarle al puesto de sus padres, preparadle á no subir jamás: educadle para ser hombre, no para ser rey: en eso estriban las mejores probabilidades.

«Basta ya: cualquiera que sea el consejo de Dios, quedará al candidato de mi eterna y piadosa fidelidad una magestad de los tiempos que los hombres no le pueden arrebatarse. Mil años anudados á su jóven frente le adornarán siempre de una pompa sobre la de todos los monarcas. Si en la condicion privada lleva bien esa diadema de dias, de recuerdos y de gloria; si su mano levanta sin esfuerzo ese cetro del tiempo que le han legado sus abuelos, ¿qué imperio podrá echar de menos?»

El conde de Briquerville, cuya proposicion combati de esa manera, imprimió algunas reflexiones sobre mi folleto, y me las envió con la siguiente carta:

«Caballero: He cedido á la necesidad, al deber de publicar las reflexiones que me han sugerido vuestras elocuentes páginas sobre mi proposicion. Obedezco á un sentimiento no menos sincero al deplorar el hallarme en oposicion á vos, que al poder del genio reunís tantos títulos á la consideracion pública. El país está en peligro, y eso me hace no poder creer en una disension seria entre nosotros: esa Francia nos invita á reunirnos para salvarla: secundadla con vuestro talento; nosotros maniobramos y la ayudaremos con nuestros brazos. ¿No es cierto que en este terreno no pasará mucho tiempo sin que nos entendamos? Vos seréis el Tirteo de un pueblo cuyos soldados somos, y entonces me proclamaré con alegría el mas ardiente de vuestros partidarios políticos, como soy ya el mas sincero de vuestros admiradores.

«Vuestro muy humilde y obediente servidor,

«EL CONDE ARMANDO DE BRIQUEVILLE.

«Paris 15 de noviembre de 1831.»

Yo no me quedé atrás, y rompí contra el campeón una segunda lanza abortada.

«Paris 15 de noviembre de 1831.

«Caballero: Vuestra carta es digna de un noble: perdonadme esta añeja palabra, que va encaminada á vuestro nombre, á vuestro valor, á vuestro amor á la Francia. Detesto, como vos, el yugo extranjero: si se tratase de defender mi país, no pediría llevar la lira del poeta, sino la espada del veterano, en las filas de vuestros soldados.

«Todavía no he leído vuestras reflexiones; pero si la situacion política os indujese á retirar la proposicion que tanto me ha affligido, ¿con qué placer me encontraría á vuestro lado, sin obstáculo en el terreno de la libertad, del honor, de la gloria de nuestra patria!»

«Tengo el honor, caballero, de ser, con la consideracion mas distinguida, vuestro muy humilde y obediente servidor,

«CHATEAUBRIAND.»

CARTA AL AUTOR DE LA NEMESIS.

Paris, calle del Infierno, enfermería de María Teresa, diciembre de 1831.

Un poeta, mezclando las proscripciones de las musas á las de las leyes en una improvisacion enérgica, atacó á la viuda y al huérfano. Como esos versos eran de un escritor de talento, adquirieron cierta especie de autoridad que no me permitió dejarlos pasar: hice, pues, frente á otro enemigo (1).

No se comprendería mi respuesta si no se leyese el libelo del poeta: invito por lo tanto á que se lean esos versos: son muy bellos, y circulan por todas partes. Mi respuesta no ha visto la luz pública, y aparece por la vez primera en estas *Memorias*. ¡Miserables debates en que vienen á pasar las revoluciones! ¡Véase la lucha á que descendemos, nosotros, débiles sucesores de aquellos hombres que con las armas en la mano trataban las grandes cuestiones de gloria y de libertad agitando el universo! Unos pigmeos hacen oír hoy su débil grito entre los sepulcros de los gigantes sepultados bajo los montes que han derribado sobre ellos.

«Paris, miércoles por la tarde, 9 de noviembre de 1831.

«Caballero: He recibido esta mañana el último número de la *Nemesis* que me habeis hecho el honor de enviar. Para precaverme de la seducion de esos elogios dados con tanta brillantez, gracia y encanto, necesito recordar los obstáculos que median entre los dos. Vivimos en dos mundos aparte: nuestras esperanzas y temores no son los mismos: vos quemais lo que yo adoro, y yo quemó lo que vos adorais. Vos, caballero, os habeis hecho grande, en medio de una multitud de abortos de julio; pero así como toda la influencia que atribuis á mi prosa no hará, segun vos, que se levante una raza caída; así, segun yo, todo el poder de vuestra poesia no abatirá esa noble raza: ¿será cosa de que estemos colocados uno y otro en dos imposibilidades?»

«Vos sois jóven, caballero, como ese porvenir que soñais, y que os engañará: yo soy viejo, como ese tiempo en que sueño, y que se me escapa. Si viniérais á sentaros á mi hogar, decís cortesmente, reproduciríais mis facciones con vuestro buril; yo me esforzaria en hacerlos cristiano y realista. Puesto que vuestra lira en el primer acorde de su armonía cantaba mis *Mártires* y mi *Peregrinacion*, ¿por qué no habeis de terminar la carrera? Entrad en el lugar santo: el tiempo no ha hecho mas que arrancarme los cabellos como deshoja un árbol en invierno; pero ha quedado la savia en el corazon: todavía tengo la mano bastante firme para llevar la antorcha que hubiese de guiar vuestros pasos bajo las bóvedas del santuario.

«Afirmáis, caballero, que sería preciso un pueblo de poetas para comprender mis contradicciones de *reinos extinguidos* y *jóvenes repúblicas*. ¿No habríais celebrado vos también la libertad, y hallado algunas palabras magníficas para los tiranos que la oprimen? Citais á las Dubarry, á las Montespan, á las Fontanges, á las La Valliere; recordais debilidades régias; pero esas debilidades ¿han costado á la Francia lo que los desenfrenos de los Danton y de

(1) Mr. Barthelemy ha pasado despues al justo medio, no sin fuertes imprecaciones de parte de muchas personas que se adhirieron mucho mas tarde. (Nota de Paris: 1737.)

los Camilo Desmoulins le costaron? Las costumbres de esos Catilinas plebeyos se reflejaban hasta en su lenguaje: tomaban sus metáforas del muladar de los infames y de las prostitutas. ¿Las fragilidades de Luis XIV y de Luis XV han enviado á los padres y esposos al cadalso, despues de haber deshonrado á las hijas y á las esposas? ¿Los baños de sangre hicieron mas casta la impudicia de un revolucionario que los baños del eche hacian virginal la mancha de una Popea? Cuando los revendedores de Robespierre hubiesen vendido al pueblo de Paris la sangre de los baños de Danton, como los de Neron vendian á los habitantes de Roma la leche de las termas de su cortesana, ¿creeis que se hubiera hallado alguna virtud en las lavaduras de los obscenos verdugos del terror?

«La rapidez y la elevacion del vuelo de vuestra musa os han engañado, caballero: el sol, que sonríe á todas las miserias, habrá herido los vestidos de una viuda, y os habrán parecido dorados: yo he visto esos vestidos, y eran de luto; no sabian lo que eran fiestas: el niño, en las entrañas que le llevaban, no ha sido mecido sino al ruido de las lágrimas: si hubiese bailado nueve meses en el seno de su madre, como decís, solo habrá tenido alegría antes de nacer, entre la concepcion y el parto, entre el asesinato y la proscripcion. La *palidez de infausto agüero* que habeis notado en el rostro de Enrique es el resultado de la sangría paternal, y no el cansancio de un baile de doscientas setenta noches. La antigua maldicion ha alcanzado también á la hija de Enrique IV: *in dolore paries filios*. No conozco mas que á la diosa de la razon, cuyos partos, apresurados por adulterios, hayan tenido lugar entre las danzas de la muerte. De sus costados públicos se desprendian reptiles inmundos que bailaban al punto con las calceteras alrededor del cadalso, al sonido de la cuchilla que subia y bajaba, estrivillo del baile diabólico.

«Os conjuro, caballero, en nombre de vuestro raro talento, á que ceséis de recompensar el crimen y castigar la desgracia con las sentencias improvisadas de vuestra musa: no condeneis al primero al cielo y á la segunda al infierno. Si permaneciendo adicto á la causa de la libertad y de las luces dieseis asilo á la religion, á la humanidad, á la inocencia, veriais aparecer en vuestras vigilijs otra especie de *Nemesis* digna de todos los homenajes de la tierra. Hasta tanto que derrameis mejor que yo sobre la virtud *todo el océano de vuestras frescas ideas*, continuad con la venganza que os habeis creado, arrastrando á las gemonias vuestras torpezas; derribad los falsos monumentos de una revolucion que no ha edificado el templo propio para su culto; labrad sus ruinas con la reja de vuestra sátira; sembrad sal en ese campo para hacerlo estéril, á fin de que no pueda germinar en él de nuevo ninguna bajeza; y os recomiendo especialmente, caballero, ese gobierno prosternado que anda salteando la altivez de las obediencias, la victoria de las derrotas y la gloria de las humillaciones de la patria.

«CHATEAUBRIAND.»

CONSPIRACION DE LA CALLE DE PROUVAIRES

Paris, calle del Infierno, últimos de marzo.

Estos viajes y estos combates concluyeron para mí el año de 1831: á principio de 1832 una nueva trifulca.

La revolucion de Paris habia dejado sobre el suelo de esta capital una porcion de suizos, de guardias de corps, de hombres de todas clases, alimentados por la corte, que se morían de hambre, y á quienes unas buenas cabezas monárquicas, jóvenes y locas bajo sus cabellos grises, imaginaron enganchar para un golpe de mano.

En aquel formidable complot no faltaban personas graves, pálidas, flacas, transparentes, encorvadas, con el rostro noble, los ojos todavía vivos, la cabeza blanquecina: aquel pasado se asemejaba al honor resucitado que venia á intentar restablecer con sus manos de sombra la familia que no habia podido sostener con sus manos vivas. Muchas veces con hombres de muletas intentan apuntalar las monarquías que se derrumban; pero en esta época de la sociedad la restauracion de un monumento de la edad media es imposible, porque el genio que animaba aquella arquitectura ha muerto: se hacen cosas viejas creyendo hacer cosas góticas.

Por otra parte, los héroes de julio, á quienes el justo medio habia escamoteado la república, no querian otra cosa que ponerse de acuerdo con los carlistas para vengarse de un enemigo comun, salvo despues el derecho de matarse unos á otros despues de la victoria. Habiendo preconizado Mr. Thiers el sistema de 1793 como la obra de la libertad, de la victoria y del genio, inflamáronse varias imaginaciones jóvenes al fuego de un incendio, del que no veian mas que el resplandor lejano; complacianse en la poesia del terror: horrible y loca parodia que hace retroceder la hora de la libertad. Eso es desconocer á la vez el tiempo, la historia y la humanidad; es obligar al mundo á retroceder hasta bajo el látigo del comité para librarse de esos fanáticos del cadalso.

Necesitábase dinero para mantener á todos aquellos descontentos, héroes de julio despedidos, ó criados desacomodados: establecióse una suscripcion. En todos los rincones de Paris se celebraban conciliábulos carlistas y republicanos, y la policia, al corriente de todo, enviaba sus espías para que predicasen de un club á un granero la igualdad y la legitimidad. Informábanme de esos manejos que yo combatia. Ambos partidos querian declararme su jefe en el momento cierto del triunfo; un club republicano me envió á preguntar si aceptaria la presidencia de la república, á lo que contesté: «Si por cierto; pero despues de Mr. de Lafayette,» lo cual pareció modesto y conveniente. El general Lafayette concurría algunas veces á casa de Mad. Recamier; yo me burlaba algun tanto de su *mejor de las repúblicas*, y le preguntaba si no hubiera hecho mejor en proclamar á Enrique V y ser el verdadero presidente de la Francia durante la minoría del régio infante. Convenia él en ello, y se prestaba bien á mis chanzas, porque era hombre de buena sociedad. Cada vez que nos encontráramos, me decía: «¡Ah! ¿vovéis de nuevo á la carga?» Yo le hacia convenir en que no habia habido hombre mejor atrapado que él por su buen amigo Felipe.

En medio de aquella agitacion y de aquellas estravagantes conspiraciones se entra en mi casa un hombre disfrazado, con peluca de grama en el colodrillo, y unos anteojos verdes sobre la nariz, que ocultaban unos ojos que veian muy bien sin ellos. Tenia sus bolsillos llenos de letras de cambio que enseñaba, y acto continuo, informado de que yo queria vender mi casa y arreglar mis asuntos, me ofreció sus servicios. No pude menos de reirme de aquel hombre (persona por otra parte de talento y de recursos.) que se creia obligado á comprarme para la legitimidad. Llegando á ser sus ofertas bastante apremiantes, le mostré en mis labios un desden que le obligó á retirarse, y escribió á mi secretario este billete, que he conservado:

«Caballero: Ayer tarde tuve el honor de ver al vizconde de Chateaubriand, que me recibió con su bondad habitual: sin embargo, me pareció advertir que no tenia ya su ingenuidad ordinaria. Decidme, os ruego, lo que haya podido retirarme su confianza, que aprecio mas que nada: si le han ido con chismes acerca de mí, no temo poner al descubierto mi conducta, y estoy dispuesto á responder á todo cuanto